

LOS 40
NOMBRES
DE LA
NIEVE

S. A. Amira



© Los 40 Nombres de la Nieve.
Sello: Tanhaüsser
Primera edición: Abril 2021

© Sergio Alejandro Amira

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-63-6

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-23

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

a Fabiola, por lo que no fue.

*And in the end
The love you take
Is equal to the love you make*

Paul McCartney

Jueves, 20 de marzo de 2014

Silvia demora sus pasos fingiendo ir sin prisa por llegar a ninguna parte. Sus zapatos, los mismos con los que hasta no hace mucho recorriera gran parte del sector oriente de Santiago realizando encuestas, producen un tenue eco al chocar contra el pavimento. Además de los zapatos castaños, Silvia viste una minifalda de cuero de imitación negra con vuelos, un abrigo largo de lana color sandía y una blusa de poliéster coral. Completa su *look* una cartera tipo maletín recto de dos asas color camello. La muchacha cuenta con que su atuendo sea lo bastante llamativo como para que reparen en ella y sepan *de qué va* el asunto.

Silvia observa sus zapatos. “Están gastados y feos”, piensa, “desentonan horriblemente con el resto de mi ropa, pero no podía salir con zapatillas, ¿verdad que no, Morana?”. Su amiga imaginaria no contesta. Hace muchos años que falleció accidentalmente mientras Silvia jugaba con una pistola imaginaria, debido a que su padre no le prestaba la real.

“Tal vez sea muy temprano todavía”, piensa Silvia a continuación mientras contempla a los vehículos que pasan raudamente a su lado, y es muy probable que así sea. Después de todo no ha visto a ninguna trabajadora del rubro ofreciendo sus servicios todavía.

A medio camino de la Parroquia de los Santos Ángeles Custodios, Silvia se sobresalta al constatar que un carabiniero se dirige a paso decidido en su dirección. “¿Y si me dice algo?”, se pregunta asustada, “¿y si me hace un control de identidad y decide llevarme detenida? No. Yo no estoy haciendo nada malo. Voy a juntarme con una amiga. Eso es lo que le diré si me pregunta. Quedamos en vernos con una amiga en el Gran Toro de Manuel Montt y luego iremos a una fiesta. Sí, eso le diré...”.

El agente policial, alto, joven y de tez morena, pasa al lado de Silvia sin prodigarle una mirada siquiera. La muchacha se voltea para observarlo y considera que es bastante atractivo, casi tanto como esos carabineros que custodian la entrada a La Moneda. “¿Por qué iría solo?”, piensa recu-

perando la calma, “siempre van de a dos, como los quelte-hues, nunca de a uno. ¡Qué raro!”.

Silvia reanuda la marcha y se detiene frente a la antigua Iglesia del Seminario Pontificio Mayor de Santiago la Parroquia. Siente el impulso de entrar, pero las puertas de la parroquia están cerradas. “Si no hubiese dejado de rezar tal vez nunca habría llegado a esta situación”, piensa. “Si no me hubiese salido de catequesis y hubiera hecho la Primera Comunión...”.

Absorta en sus pensamientos, Silvia apenas si nota el Audi A8 del '97, lustroso y bruñido como piedra de obsidiana, que se ha detenido junto a ella.

—¡Oye! —grita alguien desde el interior del vehículo con una voz grave y pastosa.

—¿Yo? —pregunta Silvia olvidando por un momento la razón por la cual recorre las calles.

—¡Sí, tú! —insiste el hombre—. ¡Ven!

Silvia se acerca a la ventanilla abierta y se inclina para ver el rostro del chofer. El sujeto tiene la mandíbula cuadrada, los ojos pequeños y la nariz prominente, rasgos muy masculinos que de acuerdo a las estadísticas tienen aquellos hombres más propensos a sostener relaciones sexuales a corto plazo, y que por lo tanto son más infieles. Pese a que el tipo está sentado se nota que no es de baja estatura. Tiene hombros anchos, viste un elegante traje de confección de color gris azulado, sin corbata, y pese a que debe andar por la segunda mitad de los cincuenta y usa bigote y barba, a Silvia le parece bastante atractivo.

—¿Cuánto por sexo oral? —pregunta el sujeto.

—¿Cómo? —contesta ella ya que apenas si puede oírlo debido al volumen de la música que emerge de la cabina.

—Que cuánto por sexo oral —reitera él bajando la música.

—Cincuenta lucas —contesta Silvia sin sombra de duda.

—¿Cincuenta lucas? —replica con asombro el potencial “cliente”.

“¿Habré cobrado muy caro?”, se cuestiona ella. No tiene la menor idea de las tarifas que se manejan en el oficio, pero ya dio un precio, los dados están echados y no se retractará.

—Cincuenta lucas —repite ella.

—Muy bien, súbete —ordena el sujeto.

—¿Qué me suba? —dice Silvia, reconsiderando su plan.

—¡Vamos! —insiste el hombre abriendo la puerta del copiloto—, ¿quieres que me pasen un parte?

“Ya no hay vuelta atrás”, piensa ella, “ningún tardío padrenuestro que pueda rescatarme”, y con monacal resignación trepa a bordo del vehículo de ventanas polarizadas. El sujeto sube nuevamente el volumen de la radio y a continuación se lanzan como una saeta por la costanera.

—¿A dónde vamos? —grita Silvia para ser escuchada sobre la canción de los Beatles que suena por los parlantes.

—Por ahí —dice vagamente el conductor bajando el volumen de la música—. ¿Eres nueva, verdad?

—Sí —contesta ella—. Es la primera vez que hago *esto*.

—Lo sé, nunca te había visto por aquí. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Segura? —dice el sujeto mirándola de reojo—. No te ves mayor que mi hija de dieciséis.

—Le aseguro que tengo veintiún años —asevera Silvia—, espero que no necesite que le muestre mi cédula de identidad...

—No será necesario —contesta él apretando fuertemente el volante de cuero con sus grandes y nudosas manos—. Confío en ti. De no mediar cierto grado de confianza uno no sube a un extraño a su auto. ¿No crees?

—Supongo que tiene razón —admite ella.

—¿Estás metida en algún lío?

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo un olfato especial para descubrir gente en problemas. Y tú lo estás, ¿no es así?

—Lo es —contesta ella aferrándose del cinturón de seguridad, pues el Audi avanza cada vez más rápido por la autopista interurbana—, pero no se trata de nada grave.

—Ya veo... —murmura él, poco convencido.

Un incómodo silencio inunda la cabina del automóvil.

—¿Sabía que su pie es tan grande como su brazo desde el codo hasta la muñeca? —pregunta Silvia—, solo un poco de trivia para amenizar...

—No tenía idea —contesta el hombre—, ¿de dónde sacaste eso?

—De *Pretty Woman*.

—¿La película?

—Sí, la vi hace poco en la tele.

—Me lo imaginaba, eres muy joven como para haberla visto en el cine. Añadiré tu trivia a mi colección mental de datos curiosos, junto a que las cebras son negras con rayas blancas o que se necesitan cuatro mil agujeros para llenar el Albert Hall.

—¿Qué es el Albert Hall?

—Es una sala de conciertos en Londres y uno de los teatros más emblemáticos del mundo, lo que te dije es parte de la letra de una canción de los Beatles. ¿Te gustan los Beatles?

—No me molestan —contesta Silvia.

—Yo soy beatlemaníaco —afirma él—. Los Beatles tocaron por primera vez en el Royal Albert Hall en un evento llamado *Swinging Sound '63* donde compartieron escenario con grandes nombres de la música de aquella época que hoy en día nadie recuerda, cantantes como Del Shannon, The Springfields o Matt Monro...

—¿Y cuál es su canción favorita de los Beatles?

—Van cambiando todo el tiempo, pero hoy te diría que es *Help*, que también era una de las favoritas de John Lennon junto a *Strawberry Fields Forever*. Y a propósito de ayuda, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Si yo te ayudara, ¿me metería en problemas?

—No creo —contesta Silvia—. No soy una criminal, mis problemas no afectan a nadie salvo a mí misma.

—¿Cómo te llamas? —pregunta él.

—Yo... —balbucea ella—, yo me llamo...

—¿Me vas a decir que no pensaste en un nombre cuando resolviste dedicarte a este oficio? —dice el hombre alzando una ceja—, porque has de saber que las chicas en este rubro suelen adoptar un nombre “artístico”.

—La verdad es que no lo pensé mucho —admite Silvia—. Si lo hubiese hecho créame que no estaría aquí ahora.

—Ya veo —dice él frunciendo el ceño—. Si quieres detengo el auto en la próxima esquina y te bajas...

—¡No! —responde ella posando la mano izquierda sobre el brazo derecho de él—. Necesito el dinero, me estoy alojando en una pensión y tengo para cancelar mi estadía solo hasta mañana...

—Supongo que si estás en una pensión es porque no tienes nadie que te pueda recibir en su casa. ¿No es así? —Silvia asiente al tiempo que regresa la mano sobre su regazo—. Yo podría ayudarte —continúa él con una sonrisa que de buenas a primera parece honesta—, pero para ello preciso de un nombre. Los nombres son importantes, son la primera señal de la identidad. “Yo Tarzán, tú Jane”, ya sabes.

—Mi nombre es Silvia, no Jane —replica ella—. Y supongo que usted no se llamará Tarzán, ¿o sí?

—¡Claro que no! —ríe él—. He conocido gente con nombres muy raros, pero nunca uno que se llamara Tarzán... Mi nombre es Cristóbal. Cristóbal Korsakoff.

—Nunca había oído ese apellido.

—Es de origen ruso. Originalmente era *Korsakov*. ¿Eres de Santiago, Silvia?

—No, soy del sur.

—¿De qué parte del sur?

—Cauquenes.

—Cauquenes... Ahí fue el epicentro del terremoto del 2010.

—No, el epicentro fue al suroeste de Cauqui, cerca de la costa de Cobquecura.

—Pero Cauquenes resultó muy dañada, ¿no?

—Sí, la Municipalidad y la Iglesia casi se vienen abajo, muchas casas quedaron totalmente destruidas y fallecieron hartas personas...

—¿Le pasó algo a tu casa o tu familia?

—No, nada por suerte.

—A nosotros tampoco. Ni siquiera estábamos en el país.

—Pues que bien. Se ahorraron la experiencia.

—¡Ah!, pero ya vendrá otro terremoto, Silvia, y otro más.

Es parte de los procesos geológicos que han dado forma a nuestro mundo y por lo tanto, inevitable. Los del Frente Fantasma dijeron que en septiembre del próximo año vamos a tener otro temblor casi tan grande como el del 2010, con tsunami y todo. Ojalá que esta vez nos pille mejor preparados, aunque lo dudo.

—Sí, yo también lo dudo —comenta ella y guarda silencio mientras observa por la ventanilla. Las cosas no están saliendo como las había imaginado. Silvia se siente vulnerable y asustada cual Caperucita con el Lobo Feroz. Tal vez lo mejor fuese aceptar la propuesta de bajarse en la próxima esquina...

—Como te dije anteriormente —interrumpe Cristóbal las elucubraciones de la muchacha—, me gustaría ayudarte.

—¿Y por qué? —pregunta Silvia mirando directamente a sus acerados ojos.

—Porque puedo —asevera él sonriendo

—Porque puede —repite ella, algo más cómoda.

—Porque puedo y porque quiero —precisa Cristóbal—.

¿Te parecen razones suficientes?

—Supongo que sí —dice ella encogiéndose de hombros—. ¿Y tengo que hacerle sexo oral para que me ayude?

—No, —contesta él—, de lo contrario no sería una ayuda.

—¿Y por qué no quiere?, ¿no le gusto acaso?

—No se trata de eso, Silvia. Por supuesto que me gustas. Eres una joven muy bonita, pero como te dije te pareces mucho a mi hija y eso me cohíbe... ¡Si hasta tienes los ojos verdes como ella! Porque no son lentes de contacto, ¿verdad?

—No —ríe ella—, es mi color de ojos de verdad. No tengo plata como para comprarme lentes de contacto.

—Mira, Silvia —dice Cristóbal muy serio a continuación—, pese a lo que puedas haber pensando en un comienzo yo no soy ninguna clase de perverso. Soy un tipo

normal, con un trabajo relativamente normal y una familia normal. Mi único “defecto”, por decirlo de alguna manera, es que me gustan las prostitutas. Subir a una trabajadora sexual a mi auto el fin de semana es lo que hace llevadera mi vida. Comienzo el lunes diciendo: “otra semana de mierda tratando con gente de mierda en un sistema de mierda, pero el viernes me voy de putas”. Disculpa el lenguaje...

—No se preocupe —responde Silvia—, aunque hoy es jueves, no viernes.

—Lo sé —contesta Cristóbal—. Ocurre que hay ocasiones en que no puedo esperar hasta el viernes y salgo de cacería antes, un jueves, o un miércoles incluso. Lo de *cacería* es una metáfora, por cierto. No me mires así, por favor —dice al contemplar la expresión severa de ella—. Yo no soy más que un simple consumidor. Existe un mercado, el de la prostitución y existen consumidores, como yo. En nuestro país la prostitución es una actividad económica más, resguardada por la Constitución. En lo que a mí respecta, dentro de los consumidores soy de lo más normal. No busco travestis ni menores de edad ni nada de eso. Me gustan las chicas entre veinte y treinta años, subirlas a mi viejo sedán del ‘97 y que me practiquen sexo oral. Eso es lo que me gusta, es lo que me hace feliz y me ayuda a tolerar esta vida de mierda que tengo... Supongo que no te doy la impresión de ser alguien con una vida de mierda, ¿verdad, Silvia? Pero aunque no lo creas tengo una vida de mierda y trabajo con la peor mierda humana que puedas imaginarte, pero lo que estudié en la universidad. No sé hacer otra cosa y tengo que mantener a mi familia, a mi esposa, a mi hija, a nuestra nana filipina, e incluso a los malditos perros...

—¿Filipina dijo? —pregunta Silvia.

—Sí —asiente Cristóbal—. A Chile han llegado últimamente muchos filipinos, ¿sabes?

—No tenía idea.

—El 10% del Producto Interno Bruto de Filipinas corresponde a las ganancias de los trabajadores que salen del país y se convierten en mano de obra en otros lados —explica

él—. Pero siempre regresan, no como los chilenos que cuando nos vamos, por lo general no volvemos.

—A mí me gustaría irme de Chile y no volver nunca más.

—¿A algún país en particular?

—Sí, Nueva Zelanda... Oiga, ¿por qué no se busca una amante en vez de recurrir a la prostitución? Tiene buena pinta y por lo visto plata también. ¿Es médico? Suena como a médico o ingeniero de algún tipo...

—Soy abogado —contesta Cristóbal— Y en cuanto a las amantes, una vez tuve una y fue desastroso, como en *Atracción Fatal*. ¿La viste?

—¿Es una película?

—Sí, se estrenó unos dos o tres años antes que *Pretty Woman*, pero supongo que dados los tiempos que corren no la repetirían por la tele.

—¿Y de que trata?

—Es sobre un abogado neoyorquino que se mete con una tipa que luego lo acosa de forma psicopática. A mí me pasó algo parecido y luego de aquella experiencia decidí que no valía la pena tener una relación así. Lo que más se acomoda a mis necesidades es el comercio sexual callejero. Es rápido y sin intermediarios o expectativas unilaterales que compliquen las cosas.

—¿Y no le da susto que le pase algo? —pregunta Silvia definitivamente más relajada—. Yo no vi esa película de la que me habla, pero vi una de una prostituta que mataba a sus clientes.

—Tal como afirmas esta afición mía no está exenta de riesgos —afirma Cristóbal—, y por lo mismo nunca salgo a recorrer las calles de Santiago sin mi arma. Ahora bien, la que debería tener más miedo eres tú. A las chicas que trabajan en la calle las asaltan constantemente, las golpean, y nuestra fuerza policial no les presta la menor ayuda. Una de ellas me contó una vez que un cliente, después del acto, la amarró y le robó. Cuando fue a hacer la denuncia a carabineros, poco menos que la echan a patadas de la comisaría. Además no puedes llegar y pararte en cualquier esquina, hay territorios establecidos y gente que los controla. Podrías

haberte metido en serios problemas de no haber salido ambos temprano, Silvia.

—Le dije que no pensé muy bien lo que estaba haciendo... ¿Dónde tiene su arma? ¿En la guantera?

—No, debajo de mi asiento. Si la dejara en la guantera mi copiloto podría sacarla de allí antes que yo. Y si dejo la guantera con llave para evitar que eso ocurra, me tomaría mucho tiempo sacarla y evitar que me la arrebatan mientras intento mantener el control del vehículo. Lo mejor es guardar la pistola bajo el asiento del conductor, la tengo en un estuche de acero con escáner biométrico que se abre en cosa de segundos.

—¿Y le ha disparado a alguien con ella?

—¿Disparado? No, por supuesto que no, Silvia, y espero no tener que hacerlo nunca.

—¿Qué tipo de pistola es?

—Una taurus PT 99, 9 milímetros. ¿Sabes de armas?

—Algo... Mi papá siempre andaba armado. Una mala costumbre que se trajo de su país.

—¿De dónde es tu padre?

—De Croacia.

—Interesante, ¿peleó en la guerra?

—Sí, pero no me gusta hablar de él ni de mi mamá, así que por favor no me pregunte.

—¿Tienes hermanos?

—No, y si los tuviera tampoco me gustaría hablar de ellos.

—Entiendo, eres una persona bastante reservada.

—Solo con los extraños.

—Pero estabas dispuesta a tener sexo con un extraño.

—Sí, aunque no pensé que antes tendría que contarle la historia de mi vida.

—Debes darle al cliente lo que pide, Silvia —sonríe Cristóbal—. El cliente, sobretodo en este rubro, siempre tiene la razón.

—¿Usted siempre le pide a las chicas que recoge que le cuenten sus historias de vida? —pregunta ella.

—Solo cuando noto algo especial —contesta él—, lo que es muy poco frecuente. La mayoría comparten historias similares y son como variaciones del mismo tema. Lo mismo debo parecerles yo a ellas en todo caso. Otro cliente del barrio alto más, sin nombre ni historia. ¿Qué nos diferencia en el fondo del resto de la gente? Nuestra historia personal, no los tiempos en que vivimos, sino la forma en que los vivimos. Cómo modelamos nuestra vida, qué sentido le damos a la vida y cuánto control podemos ejercer sobre ella; cuánto poder tenemos sobre nosotros mismos, y cuánto de ese poder podemos ejercer sobre los demás. Mucha gente se siente débil, se siente insignificante y fuera de la historia, de la gran historia, sentados en la banca contemplando los hechos. Pero la verdad es que todo ser humano tiene la capacidad de ser parte de la historia y protagonista de sus propias vidas. Eso es algo que Dios nos dio, el libre albedrío. Porque ni Dios ni el destino nos controlan, Silvia. Dios nos creó a su imagen, por eso todos los humanos somos prácticamente iguales mientras que los animales son todos diferentes entre sí. Los animales actúan por instinto, mientras que nosotros lo hacemos como lo hace nuestro Creador, ya que podemos reflejar cualidades divinas como lo son el amor y la justicia, además de actuar por nuestra cuenta, más allá de los instintos básicos. Gracias a eso podemos superar nuestra programación biológica y llegar a ser buenas personas, e incluso héroes o santos.

—Y villanos también —observa Silvia.

—Sí, villanos también —admite Cristóbal—. Dios ha decidido tolerar a quienes usan su libre albedrío para hacer daño, como cuando se retuvo de actuar contra los babilonios de la antigüedad, que eran enemigos de su pueblo. Pero Dios no los tolerará por siempre, lo dice el Salmo 37: “Y solo un poco más de tiempo, y el inicuo ya no será; y ciertamente darás atención a su lugar, y él no será”.

—¿Qué significa *inicuo*? —pregunta ella.

—Que no tiene equidad o es injusto —explica él.

—Es usted bastante religioso por lo que veo.

—Podría decirse que sí. ¿Tú crees en Dios, Silvia?

—Cuando era chica creía, pero dejé de creer.

—¿Por qué?

—Prefiero no hablar de eso.

—Entiendo... Yo soy católico, católico apostólico ortodoxo para ser más preciso. Fui bautizado y crecí en el seno de una familia católica ortodoxa y siempre creí en Dios, porque es lo que me fue inculcado desde pequeño. Creía en Dios, pero no lo *sentía*, ¿me explico?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—Pero entonces, hace algunos años, tuve lo que se podría denominar una experiencia religiosa y pude sentir a Dios por unos breves segundos. Fue como si hubiese vivido toda mi vida dentro de un oscuro pozo y se me hubiese permitido salir por unos segundos y contemplar el sol, para luego obligarme a entrar al pozo de nuevo. Desde ese momento comencé a ver las cosas de otra manera y conseguí algo de paz, y resignación también. Dios le dio un nuevo sentido a mi vida, Silvia. En vez de cargarme de más culpa, me liberó. Jesús se rodeaba de la peor clase de gente, incluso de prostitutas. Los aceptaba a todos, buenos y malos, tal y como hago yo. Mi nombre, Cristóbal, significa “portador de Cristo” después de todo, y eso conlleva una responsabilidad de la que solo tras mi revelación pude darme cuenta. Cristóbal fue un santo cuyo nombre original nadie recuerda, ¿conoces la historia de San Cristóbal?

—No —niega ella con la cabeza.

—Cristóbal era un africano de fuerzas hercúleas que un buen día sintió el llamado de la fuerza —continúa él—, y no me refiero a la fuerza como en *Star Wars*, sino a la fuerza como fortaleza y poder. Lo primero que se le ocurrió a Cristóbal fue buscar al más fuerte a quien servir, y así fue como llegó al servicio de un rey muy poderoso, pero cuando se percató que le temía al diablo, se marchó con éste, creyendo que era más fuerte que el rey. Pronto descubrió que el diablo le temía a otro, aun más fuerte, y no titubeó en buscarlo, mas no lo halló. Frustrado, consultó a un ermitaño y este le aconsejó hacer penitencia para servir al Señor, pero Cristóbal dijo que no podía. “Otra manera de servir es orar”,

le dijo el anciano. “Tampoco puedo”, respondió Cristóbal. “Ayuna entonces”, le dijo. “Me sería imposible”, contestó él. Al final, el eremita le recomendó usar su fuerza pasando en hombros a los viandantes que debían atravesar un río de la comarca, sirviendo de esta forma de acuerdo a sus propias aptitudes. Cristóbal así lo hizo, se instaló en una choza a la orilla del río y estuvo ayudando así a la gente por más de veinte años. Entonces, una noche, Cristóbal despertó con el llanto de un niño. Salió a la oscuridad y se encontró con un pequeño que le rogó lo cruzara a la otra rivera. El gigante se lo puso al hombro y comenzó a avanzar por las aguas tempestuosas, pero con cada paso que daba sentía que cargaba más y más peso. A duras penas si llegó a la otra orilla, bajó al niño y le dijo: “Hubo momentos en que pesabas tanto que me parecía cargar con el mundo en mis espaldas”. El niño le dijo: “Más que eso ha sido. Has cargado con el *Creador* del mundo”.

—El niño era Dios —musita Silvia.

—¡Exacto! —replica el abogado, fervoroso—. ¡San Cristóbal había cargado al mismísimo Dios! Hay un cuadro extraordinario de Otto Dix sobre la hazaña, la sexta versión que hizo. La vi en una retrospectiva suya en el Museo Nacional de Arte de la Ciudad de México...

—No conocía esa historia.

—No me sorprende. La juventud se ha alejado tanto de la religión en estos tiempos...

—Pero eso no significa que seamos malos, aunque supongo que tampoco buenos.

—¡Por supuesto que no, Silvia! Como te dije yo tampoco soy una persona del todo buena, pero al menos hago el intento de serlo. No pretendo compararme con San Cristóbal, ¡y mucho menos con Jesucristo!, pero puedo ayudarte sin preguntas y sin exigencias. Si no quieres que te ayude, puedo llevarte de vuelta donde te recogí, o a donde tú quieras. Incluso puedo darte los cincuenta mil pesos que necesitas para que no te echen del lugar donde te alojas sin que tengas que hacer nada que no desees. Es tu decisión, Silvia. A una persona pueden despojarla de todo, menos de una cosa:

la elección del propio camino. Esa es la última de las libertades del ser humano, el libre albedrío que Dios nos obsequió. Dios no elige el camino por ti, Silvia, eres tú quien elige tu propio camino. ¿Qué me dices?

—Yo... —balbucea ella—. La verdad es que yo no sé...

—Entiendo muy bien que no confíes en mí —asevera Cristóbal—. Nos acabamos de conocer, pero créeme que he sido completamente honesto contigo. ¿Qué tengo yo que ganar salvo la satisfacción de haber ayudado a mi prójimo? Nada, Silvia. ¡Nada! No voy a violarte o enviarte como esclava sexual a Turquía. Nuestros caminos se cruzaron por un designio, creas o no en Dios. Yo tengo claro lo que debo hacer: *ayudarte*. Así como San Cristóbal sintió el llamado de la fuerza, yo he sentido el de la ayuda. Si no te ayudo, algo horrible va a ocurrirte, si no te saco inmediatamente de la calle y te proporciono cobijo y herramientas para que puedas forjar tu propio destino, ambos habremos fallado al Creador, y lo que es peor aún, habremos fallado a nuestra esencia misma como seres humanos.

—Agradezco mucho su preocupación...

—No agradezcas nada, Silvia. Preocuparse no sirve de nada, hay que ocuparse, hay que entrar en acción. Vida es acción sobre el mundo, vida es humanizar, así que vamos al grano. Tengo un departamento al lado del cerro Santa Lucía donde puedes quedarte el tiempo que gustes. No vivo ahí, pero me quedo a dormir a veces cuando se me hace muy tarde como para regresar a la casa. La esposa de Jaimito, que es uno de los conserjes, va una vez por semana a hacer el aseo. Mi mujer considera que es un gasto innecesario y que debería vender el departamento, pero yo no puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Mi madre vivía ahí. Ella falleció hace un par de años... Yo no crecí en esa casa, mi madre se mudó allí luego de la muerte de mi padre, pero sí fue mi hogar durante una de las etapas más difíciles de mi vida... Todo está tal cual lo dejó ella. Mamá adoraba su departamento y le encantaría que una muchacha joven y bella como tú lo habitara. Los

espacios son para habitarlos, Silvia, no hay nada más triste que una casa sola. ¿Quieres que te lleve allá? De seguro que estarás mucho mejor que en esa pensión de la que me hablaste, y no tendrás que pagar. ¿Qué me dices?

Silvia lo medita unos segundos, y luego emite un apenas perceptible:

—Sí.

—¡Muy bien! —replica entusiasmado Cristóbal—. Hablaré con Jaimito y le diré que eres una sobrina del sur que vivirá ahí mientras busca trabajo, y como te pareces tanto a mi hija nadie sospechará. Te pasaré mi copia de las llaves, tengo otras en la casa.

—¿Y qué le dirá a su familia?

—¿Decirles sobre qué?

—De esto que está haciendo por mí...

—No tengo por qué decirles nada —afirma Cristóbal—.

Ni mi mujer ni Alicia bajan más allá de Providencia. De hecho odian el departamento de mi madre porque está lleno de muebles “viejos y feos”. Ellas no ven valor en los objetos con historia, no ven valor en nada que no pertenezca a su edulcorado mundo de fantasía. Si tuvieran que meter las patas en la mierda como yo sería distinto, pero viven en otra realidad, una que yo mismo soy culpable de haberles construido... Oye, ¿tienes hambre?

—Sí —asiente Silvia ya que las tripas, que hasta antes de subirse al vehículo se le retorcían por los nervios, ahora lo hacen por la falta de alimento.

—¿Te gustaría ir a cenar antes que vaya a dejarte?

—¿A cenar? —pregunta ella—, ¿con usted?

—Sí, no hay mucho para comer en el departamento —explica Cristóbal—. A lo más unas cuantas cervezas en el refrigerador. ¿Qué te gustaría comer?

—Comida china —contesta Silvia sin pensarlo dos veces—, me encanta la comida china.

—Conozco un restorán chino bastante bueno cerca de aquí —dice él—. Te llevaré ahí.

Luego de un breve trayecto por avenida Las Condes, Cristóbal detiene el motor de su Audi en el estacionamiento

del restorán y desciende rápidamente para abrirle la puerta a Silvia, pero ella se le adelanta y ya está abajo del vehículo, de pie frente al Chang Cheng, contemplando la fachada compuesta por el encuentro de un sólido vertical en piedra con dos murallas en texturas diferentes; una terrena representada por un muro en ocre a la altura del usuario y una delicada curva con aspecto de panel oriental de papel de arroz sobre la puerta de entrada.

—Es bonito —dice

—Sí, y por dentro es bastante sobrio —afirma Cristóbal—. Nada de dragones dorados ni cosas de mal gusto, ven, entremos.

Cristóbal toma de la mano a Silvia e ingresan al interior del local. Inmediatamente son recibidos por una sonriente anfitriona que los guía hasta una mesa por un pasillo flanqueado por soldados de terracota. Como Silvia no conoce más allá de la carne mongoliana y el arrollado primavera, deja que Cristóbal decida lo que van a cenar. Mientras él revisa la carta, ella observa el interior del restorán. Tal y como Cristóbal dijo no hay dragones dorados por ninguna parte, pero de las murallas penden unos cuadros de grandes dimensiones que a Silvia no le agradan del todo. Si le preguntara a Cristóbal sobre los artistas que pintaron esas obras, él le diría que son de Bororo y Samy Benmayor; y tal vez le contaría que conoció a este último en la inauguración de la última muestra de Eduardo García de la Sierra en la galería de Isabel Aninat, y que le cayó pésimo; pero como Silvia no dirá nada al respecto, esta charla no se llevará a cabo.

Cristóbal ya ha decidido qué pedir y llama a la camarera. Mientras ella anota los platos seleccionados, Silvia observa a los demás comensales. En la mesa más próxima hay una joven pareja bebiendo cócteles. Él se le antoja conocido, tiene pinta de actor de teleserie, mientras que su acompañante es bastante anodina. “Tal vez sea su hermana”, piensa Silvia. En la mesa más alejada hay un grupo de cinco sujetos que visten trajes y parecen hablar de negocios. Es un alivio que el restorán sea amplio y estén lejos, porque hablan fuerte y por lo menos dos de ellos parecen estar ebrios. Las

dos mesas restantes son ocupadas por una pareja de adultos mayores y un solitario sujeto que bebe una copa de vino. “¡Qué patético!”, piensa Silvia sobre este último cliente. “Yo preferiría quedarme en casa antes de salir a comer sola a un restorán”, aunque quizás al pobre lo dejaron plantado, lo que sería aún más patético”.

—Me gusta la comida china, pero mi favorita es la rusa —dice Cristóbal que ya ha realizado el pedido.

—Disculpe, estaba distraída —contesta Silvia—. ¿Cómo dijo?

—Dije que si bien me gusta la comida china, prefiero la rusa —reitera él—. La mayoría de la gente cree que la cocina rusa está atiborrada de grasas y que solo sirve para espantar el hielo, pero no es así. En Rusia se come muy bien, hay platos deliciosos como la quijada de vaca asada a las brasas con trufas, o el pavo con castañas y queso parmesano, que era la especialidad de mi abuela.

—¿Era rusa su abuela? —pregunta ella.

—Sí, tanto mi abuela como mi abuelo paternos eran rusos —confirma Cristóbal—. Se radicaron en Santiago tras pasar en barco por Argentina y Valparaíso. Mi abuelo llegó en 1931. Cuatro años más tarde, apenas juntó algo de dinero, mandó a buscar a mi abuela. Acá se casaron, instalaron una fábrica de jabón y velas, y criaron a sus cinco hijos.

—Me dijo que usted es abogado, ¿verdad?

—Sí. Soy abogado penalista. “Excarceleros”, como nos llaman despectivamente algunos colegas, ¿pero sabes qué, Silvia?, somos nosotros los que realmente ejercemos la abogacía, ya que nos toca defender a los que la sociedad condena, esos por los que nadie da un peso.

—Ahora entiendo a qué se refería con eso de meter las patas en la mierda —afirma ella.

—Sí. La mierda —reitera Cristóbal—, la miseria humana... Uno de los primeros casos que me me asignaron fue el de defender a un muchacho de dieciocho años que violó y mató a una mujer en frente de los familiares de ella. Era mediados de los años ochenta y por la connotación del caso el chico arriesgaba pena de muerte. A pesar de todo puse mi

mejor empeño en ayudarlo y abogué para que no le dieran la pena máxima. Trabajé muchísimo en su caso, recuerdo que en una de las tantas entrevistas que sostuvimos, el chico me preguntó por qué lo ayudaba. Le dije que porque era mi trabajo. En ese momento floreció su verdadera humanidad y se puso a llorar. Lloró mucho, como seguramente no lo había hecho nunca. Luego me contó su vida, todo lo que había contribuido a que llegara a hacer lo que hizo aquella noche. Y ahí entendí, que si bien es verdad que cuando se producen los acontecimientos estos suceden de forma instantánea, por otro lado son fruto de un largo proceso y lo que percibimos de las cosas cuando ocurren, no es más que la explosión y el segundo que precede a la chispa. No puedo dejar de pensar que en la larga cadena de hechos que llevan a alguien a cometer un crimen algo falló en la sociedad, algo que pudo haberse hecho para evitar que aquello horrible sucediera.

—¿Pero eso no es victimizar a los criminales? —pregunta Silvia. Antes que Cristóbal pueda contestar, la mesera está de regreso con la botella de vino que él ha solicitado y el agua mineral sin gas que Silvia ha pedido. Una vez que la joven se marcha, reanudan la conversación.

—La verdad es que es un asunto complejo —dice Cristóbal.

—Pero no todo puede ser culpa de la sociedad —argumenta Silvia—. Si en vez de ayudarme usted hubiese decidido matarme, ¿sería culpa de la sociedad y no la suya?

—Ese es uno de los inconvenientes del libre albedrío del que hablábamos antes —contesta él—. La posibilidad que nos da Dios de actuar mal, de ser criminales... Hace unos días leí sobre el caso de una adolescente apuñalada por dos de sus compañeras de colegio. “Todos tenemos culpa de la muerte de mi hija”, decía el acongojado padre. Y esa culpa comienza en la propia casa. Los padres tenemos que estar al tanto de lo que hacen nuestros hijos, de lo que les permitimos, de lo que les quitamos... La primera educación la tienen que recibir de su familia y luego nosotros debemos exigirles a esos en quienes confiamos que la educación de

nuestros hijos sea veraz y que se les inculque los valores más básicos de las personas. Eso es lo que falló en el caso del chico del que te hablaba. Eso es lo que finalmente lo llevó a violar y matar a esa joven madre frente a su esposo e hijos.

—No sé... —dice ella—. Yo creo que hay gente mala y punto. Porque hay padres que son súper buenos y tienen hijos malos, y viceversa.

—Eso no se puede negar, Silvia. Lawrence Kohlberg, que fue discípulo de Piaget, propuso una teoría que define seis niveles de desarrollo moral. El primer y segundo nivel lo ocupan los niños. En el primero, el niño no tiene sentido del bien ni del mal y sus acciones son reguladas por necesidades y deseos, e inhibidas solamente por estímulos negativos; mientras que en el segundo, responden al “verdadero o falso”, aceptando la autoridad del poder. Luego de esto vienen los adultos, moralmente por encima de los niños. Una persona del tercer nivel está fijada en reglas, “obedece órdenes”. La ética del cuarto nivel es dictada por la mayoría. Una persona en el quinto nivel dedica su vida a crear y defender leyes que sirven al bien común más vasto, al mismo tiempo que defiende los derechos legales, incluso de aquellos cuyos puntos de vista es incapaz de aceptar.

—En ese nivel está usted, ¿verdad?

—En teoría sí. Debería estar en el quinto nivel.

—¿Debería? ¿Acaso no lo está?

—No soy yo quién debería juzgar eso, Silvia... Pero déjame terminar, aún me faltan los del sexto nivel. Las personas de este nivel son capaces de trascender la fijación legalista de los del nivel anterior y preocuparse por el bien común y por realidades éticas más elevadas a través de las fronteras nacionales, culturales y sociales. Martin Luther King es un muy buen ejemplo de una persona de sexto nivel, ya que él sostenía que las leyes solo son válidas en la medida en que se basen en la justicia, y que el compromiso con la justicia lleva consigo la obligación de desobedecer las leyes injustas. Él creía, al igual que Gandhi, que la desobediencia civil era necesaria para defender el principio primordial de justicia.

—¿Ese es el último nivel? —pregunta Silvia—, ¿no hay nada más arriba?

—No, aunque una vez leí sobre un supuesto séptimo nivel donde los individuos responden únicamente a principios universales —afirma Cristóbal—. En este grupo estarían Buda y Jesús. También existiría un nivel cero, donde se considera bueno todo aquello que se quiere y que gusta al individuo por el simple hecho de que se quiere y de que gusta. Esto incluye por supuesto toda clase de conductas criminales. La gente de este nivel, pese a que no quieren ser atrapadas y castigadas, no basan sus acciones en el castigo. Su actitud tampoco puede vincularse a la pulsión de placer que genera el acto criminal y que desborda el miedo a sanciones. Las personas de nivel cero simplemente no distinguen entre un acto criminal de uno cotidiano... Por supuesto que todas estas no son más que hipótesis, aunque todo parece indicar que Kohlberg estaba en lo cierto y que en cualquier momento, en cualquier cultura, existe un uno o dos por ciento de la población que se encuentra en un nivel cero del desarrollo moral.

En ese momento, la mesera llega con la entrada: un *human* de ajíes con pasta de pescado, arrebozados y fritos, y una masa de huevo rellena con carne y verduras cocidas al vapor denominada *siu mai*.

—¿Y qué fue de él? —pregunta Silvia atrapando una de aquellas masas con los palitos y llevándosela a la boca.

—¿Qué fue de quién? —pregunta Cristóbal—, ¿de Kohlberg?

—No, del que violó y mató a la mujer en frente de su familia —responde la muchacha con la boca llena.

—Lo condenaron a doce años.

—¿Doce años por violar y asesinar a una mujer frente a su familia?

—Sí, de los cuales solo cumplió cuatro.

—La sacó barata el desgraciado —masculla Silvia comparando esa condena con la de su propio padre.

—Es que tuvo un buen abogado —dice Cristóbal dando un sorbo a su copa de Sauvignon Blanc—, uno de los mejo-

res me atrevo a afirmar, modestia aparte. Estas causas son muy delicadas, Silvia. Además del contenido jurídico tienen una carga emocional muy fuerte. Los penalistas no solo nos ocupamos de la parte legal, también nos hacemos cargo de factores psicológicos y vivimos momentos realmente desgastantes: o te la juegas por el cliente, o cuidas tu propio pellejo como abogado. Porque si te esfuerzas mucho por tu representado diciendo que es inocente, sin pruebas, puedes perder credibilidad y quedar mal con los colegas. Por otro lado, si no le pones suficiente pasión, los familiares de tu defendido te lo sacan en cara y pueden acusarte de ser un abogado tibio o derechamente incompetente. La mayoría de las veces los familiares son más complicados que los acusados mismos, se meten mucho en el proceso y no faltan los que amenazan a las víctimas entorpeciendo las causas. Uno se tiene que hacer respetar frente a ellos, no importa cuan amenazantes o peligrosos sean, deben saber que uno es el que está a cargo.

—Usted no consume drogas, ¿verdad? —pregunta Silvia.

—¡Por supuesto que no! —contesta enfáticamente Cristóbal—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ustedes defienden a los narcos —dice ella comiéndolo otro *siu mai*.

—Bueno, sí —admite él—. Y no puedo negar que hay algunos colegas que caen en la droga. A principios de enero precisamente defendí a uno que fue acusado de tráfico luego de ser detenido en una transacción menor de cocaína. Como portaba solo cuatro gramos alegamos consumo y quedó en libertad. Pero él ya no tiene vuelta, una vez que comienzas a recorrer el camino del consumo no hay regreso. Mateo comenzó a aceptar pagos en droga y los que alguna vez fueron sus clientes hoy son sus jefes. Muchos colegas están convertidos en verdaderos asesores financieros de los narcos, ya que las bandas no solo invierten grandes sumas en defensas legales, sino también en asesorías para armar sociedades y posesiones efectivas que les permitan blanquear el dinero proveniente de los ilícitos. Eso para mí

es traspasar el límite, Silvia. Eso es algo que nunca he hecho y nunca haré. No quiero al Ministerio Público investigándome y mucho menos terminar en la cárcel. Antes muerto que tras las rejas.

—Yo no podría hacer lo que usted hace — comenta ella —, defender a criminales, narcos y violadores...

—Pero ocurre que en la mayoría de los casos los imputados son inocentes —dice Cristóbal, pensando en su propia experiencia—. En la historia de los fallos de las cortes nacionales los errores no han sido menores y muchas veces han pagado justos por pecadores. Por el solo hecho de tomar mal la patente de un auto se puede acusar a alguien de un atropello con resultado de muerte, sin que el conductor del vehículo tenga nada que ver. El daño para esa persona es irreparable, aunque luego se compruebe su inocencia y el daño es aun mayor para la familia. La gente cree que hay una puerta giratoria en el sistema penal, pero la verdad es que es muy difícil conseguir los dos votos de los tres necesarios para que un imputado recupere su libertad.

—Disculpe, la conversación está muy entretenida — dice Silvia poniéndose de pie—, pero debo ir al baño.

—Seguro, es por allá — replica Cristóbal levantándose y señalando a la izquierda.

—No tardo — agrega la muchacha.

Silvia pasa junto a los tipos de negocios que clavan sus ojos en ella como si de bestias salvajes se tratase y apresura el paso hasta el cuarto de aseo. Una vez ahí piensa en los hechos recientes. Luego se lava las manos, extrae un cepillo para el cabello de su cartera para peinarse, se pinta sutilmente los labios y se arregla las cejas. Mientras lo hace considera que los lugares están cambiados, que ella debería estar acompañando al actor de teleseries y su acompañante al abogado con delirios mesiánicos.

En ese momento entra la anciana que Silvia vio cenando junto a su marido y al verla le sonrío. A ella siempre le ha caído bien a los viejos, nunca ha sabido muy bien por qué. ¿Será por el hecho que fue criada por una pareja de ancianos? Silvia le devuelve la sonrisa y regresa a su mesa.

El actor de teleseries y su amiga ya se han marchado. Los hombres de negocios siguen ahí. Al pasar a su lado uno le dice algo grosero, pero Silvia no presta atención.

—Los acaban de servir hace un par de minutos —dice Cristóbal señalando los platos de fondo que reposan sobre la mesa. Para Silvia: camarones ecuatorianos con salsa dulce de mayonesa guarnecidos con lychees, piña y manzana; además de ostiones con pimienta china, pimentón rojo, cebolla y jengibre, acompañados de arroz blanco. Para Cristóbal: una sopa de wontón.

—Se ve rico —dice Silvia sentándose—, y su plato también.

—Me gustan mucho las sopas —asevera él untando la cuchara de madera en el cuenco y sorbiendo el caldo de pollo—. En la Rusia de los tiempos de Pedro el Grande se servían docenas de platos cuidadosamente elaborados y entre ellos, por lo menos un tercio eran sopas y caldos en los que flotaban docenas de pastas rellenas como estos wontones. Las sopas livianas como los consomés y las cremas entraron en Rusia en los tiempos de Catalina la Grande, aunque se hicieron populares a fines del siglo XIX, cuando se convirtió en un importante ritual de los banquetes de la aristocracia. Hoy los consomés se sirven en todos los estratos sociales, siempre acompañados de pastas o *pirozhki*. También son muy populares las sopas eslavas como el *borsch*, la *solianka* y el *shchi*.

—Sabe mucho de comida usted —dice Silvia degustando su plato.

—Sí, es que desde chico siempre me gustó la cocina —explica Cristóbal—. Es parte de la influencia de mi abuela paterna. Cuando tengo algo de tiempo cocino para la familia y los amigos.

—¿Y no pensó en estudiar cocina en vez de Leyes?

—*Derecho*, Silvia. La carrera se llama *Derecho*, no *Leyes*.

—¿Y cuál es la diferencia entre el *Derecho* y la *Ley*?

—La *Ley* es una norma establecida que va de acuerdo a la justicia y encauza nuestro comportamiento en la sociedad. El *Derecho* en cambio se sirve de las leyes que han sido

creadas por el Estado para regular la convivencia social y poder resolver los conflictos que se planteen. Podríamos decir que la Justicia es el intento del Derecho de corregir los desajustes que puedan eventualmente producirse, ya que el Derecho es algo vivo que trabaja con la justicia y tiene que renovarse porque la vida cambia. Los romanos sabían muy bien de esto, para ellos el Derecho no podía permanecer en su forma, sino tras su reforma, es decir, bajo el imperio de una visión distinta: *eadem sed aliter*. Los romanos fueron el pueblo que más entendió el Derecho, aunque la mejor definición de Derecho que existe no la formuló un romano, sino un filósofo griego llamado Celso, que curiosamente escribió una serie de textos contra el cristianismo...

Cristóbal bebe otra cucharada de su sopa. Silvia piensa que proseguirá con su relato, pero como se queda callado le pregunta:

—¿Y qué fue lo que dijo el filósofo griego?

—Celso dijo: *Ius est ars boni et aequi* —explica él—, lo que significa: “el Derecho es el arte de lo bueno y de lo justo”. Podríamos decir incluso que el Derecho es una de las formas que adopta el amor para obrar entre las personas, como dijo Cicerón: *natura propensi sumus ad diligendos homines quod fundamentum est iuris*.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que todos nos sentimos naturalmente inclinados a amar y hacer el bien, o como diría Santo Tomás: “La semejanza es la causa del amor”.

—¿De ahí viene eso de ama a tu prójimo como a ti mismo? —pregunta Silvia.

—¡Exacto! —contesta Cristóbal—. El que ama al prójimo ha cumplido todos los demás mandamientos, ya que si lo amas no lo matarás, no le robarás, y todos los otros preceptos... Aunque al primero que hay que amar es a Dios, ese es el primer mandamiento y el más importante de todos.

—Ya, pero todavía no me explica por qué prefirió ser abogado a chef —observa Silvia.

—Pues supongo que debido a la presión familiar —dice él sirviendo más vino en su copa—. Mi padre es abogado,

por lo que se esperaba que yo siguiera con la tradición. Una vez ahí comencé a tomarle el gusto a la cosa. Mi profesor de Derecho Romano, un viejo de mierda muy estricto, pero de una inteligencia abrumadora, me dijo una vez: “ser querellante no es lo entretenido. Defender es lo increíble, la esencia misma de la abogacía. Si quiere retos de verdad, señor Korsakoff, siga ese camino, el de la defensa”. Y así lo hice, pese a que me miraran feo por “estar del lado de los criminales”. Fue difícil, sobretodo al principio y por casos como el del chico que te conté. Varias veces pensé en hacer algo más fácil, pero entonces encontré a Dios y me di cuenta que este era el camino que Él había dispuesto para mí. A veces me rebelo, como toda oveja del rebaño, pero pronto recupero la fe y la cordura. Tal vez mi vida profesional, pese a todo, no sea tan de mierda como mi vida familiar. Es mi mujer y el mundillo al que suele arrastrarme lo que tolero cada vez menos. Eso además de que Alicia se ha ido convirtiendo cada vez más en un clon de su madre. Yo vivo en La Dehesa, pero tengo mi estudio cerca de la corte de San Miguel. Estaciono mi auto afuera y nadie jamás ha intentado robarme o siquiera hacerle una raya a la carrocería. Y no te hablo de mi viejo Sedán del ‘97, sino de un Aston Martin DB9 del 2011 que originalmente costó ochenta y siete millones de pesos, pero que yo compré por veinte en un remate de la Dicrep.

En ese momento, los hombres de negocios se marchan metiendo bullicio. Cristóbal les ofrece una mirada de desprecio y regresa la atención a su copa.

—¿Qué es la Dicrep? —pregunta Silvia bebiendo de su agua mineral.

—Es la Dirección de Crédito Prendario, mejor conocida como “la Tía Rica” —explica Cristóbal—. Depende del ministerio de Trabajo y son los encargados del decomiso y posterior remate de los bienes incautados a los narcotraficantes al alero de la Ley veinte mil.

—¿O sea que su Aston Martin era de un narco?

—Sí, del líder de la banda de los Gaete. Está cumpliendo una condena de treinta y ocho años por narcotráfico, aso-